

OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO. 8/09/2018

Homilía fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe

Saludos a los presentes: autoridades, fieles devotos de la Virgen de Guadalupe. Felicitar a los extremeños en el día de Extremadura.

Gozamos hoy de la fiesta de Ntra. Señora de Guadalupe, Patrona excelsa de Extremadura. En esta Basílica, la Casa de la Virgen, ha acogido desde el día 31 de agosto a tantos fieles que han seguido el Novenario de preparación a la fiesta del día 8, Natividad de Nuestra Señora. Y en la celebración de la Santa Misa vespertina, han orado en torno a un hermoso piropo a la Virgen de Guadalupe, *María, la más bendita*, en palabras del Papa Francisco. El Arzobispo Castrense, don Juan del Río; el Obispo de Córdoba, don Demetrio; el Sr. Arzobispo de Mérida-Badajoz, don Celso Morga, y el Cardenal Carlos Amigo, arzobispo emérito de Sevilla sin duda les han ayudado con su ministerio de la palabra a acercarse más a la Reina de las Villuercas, a la Madre morenita, que espera siempre aquí a sus hijos, ya desde finales del siglo XIII.

Les ha servido de guía a estos pastores un sencillo y hermoso documento del Papa Francisco, “Alegraos y exultad”, que les invito a leer, porque merece la pena. Desde aquí agradecemos la generosidad de estos hermanos en el episcopado y su participación en esta fiesta nuestra. Dios se lo pague. Como también a la Comunidad Franciscana, cuya dedicación al Santuario y Casa de la Virgen es constante. Gracias al Padre Antonio Arévalo, hasta hace poco Guardián de Guadalupe, y acogemos con alegría al nuevo Guardián, Padre Guillermo Cerrato Chamizo, de vuelta a esta Casa, junto al nuevo párroco de La Puebla, Fray Francisco Ángel Fernández Molero. Y gracias y saludos de corazón a Los Caballeros y Damas de Guadalupe por la intensidad con que viven estos días, acogiendo a los peregrinos y celebrando cuanto esta fiesta lleva consigo.

Cuando nos acercamos a los santuarios de la Virgen, siempre es bueno considerar que cuando María dijo “sí” al anuncio del ángel, Jesús fue concebido y con Él comenzó la nueva era de la historia, que se sellaría después en la Pascua como “nueva y eterna alianza”. Ahí comenzó todo, porque la obediencia del Hijo al designio del Padre se refleja en la obediencia de la Madre, y así, gracias al encuentro de estos dos “sies”, Dios pudo asumir el rostro del ser humano.

¡Qué tiene de extraño que el nacimiento de María haya sido cantado por poetas y autores cristianos! Dice, por ejemplo, Lope de Vega:

Hoy, nace una clara estrella, // tan divina y celestial, // que, con ser estrella, es tal, // que el mismo Sol nace de ella.

No le iguala lumbre alguna// de cuantas bordan el cielo //, porque es el humilde suelo// de sus pies la blanca luna: // nace en el suelo tan bella// y con luz tan celestial, // que, con ser estrella, es tal, // que el mismo Sol nace de ella.

“En el principio, el hombre fue creado de una tierra pura, sin mancha. Su naturaleza quedó privada de su dignidad primera cuando fue despojada de la gracia por la caída en la desobediencia y arrojada fuera del país de la vida (...). No quedaba ninguna esperanza de salvación. Nuestra naturaleza caída clamaba al cielo. En su bondad, el divino Creador del universo decidió renovar el mundo, crear otro mundo –todo armonía y juventud- de donde expulsaría el pecado y la

muerte que lo acompaña. Una vida nueva, libre y liberada, nos sería ofrecida en el bautismo donde encontraríamos un nuevo nacimiento divino.

¿Cómo se realizaría este designio? Al igual que en el paraíso, donde Dios sacó un poco de barro para formar al primer Adán, así en el momento de la encarnación se sirvió de otra tierra: de esa virgen pura e inmaculada, elegida de entre todas las criaturas. En ella nos recreó a partir de nuestra sustancia misma para que llegara el nuevo y eterno Adán para salvar al viejo Adán” (San Andrés de Creta, *Sermón I para la Natividad de la Virgen: PG 97, 812-816*).

Ahí está la importancia del nacimiento de la Virgen María de Joaquín y de Ana: un nuevo inicio y la posibilidad siempre abierta de la esperanza, pues la humanidad siempre será capaz de empezar de nuevo, desde que María, nacida sin pecado, da a luz al Cordero que quita los pecados de este mundo. Pero, queridos hermanos, no creamos en fábulas. La vida de la Santísima Virgen no es un cuento de hadas o la narración de una vida edificante. Es su fe lo más sorprendente para los que vivimos en este valle de lágrimas; de lágrimas, pero valle hermoso y precioso, si somos discípulos de Cristo e hijos de la que Él hizo nuestra Madre al pie de la cruz.

El evangelista san Lucas es de los cuatro el que narra la peripecia de la vida de María a través de un fino paralelismo con la vida de fe de Abrahán. Como el gran patriarca es el padre de los creyentes, que respondió a la llamada de Dios para que saliera de la tierra donde vivía, de sus seguridades, a fin de comenzar el camino hacia una tierra desconocida y que poseía solo en la promesa divina, también la Virgen Nuestra Señora se abandona con plena confianza en la palabra que le anuncia el mensajero de Dios y se convierte en modelo y madre de los creyentes.

Queridos hermanos, la apertura de nuestra alma a Dios y a su acción en la fe incluye también el elemento de la oscuridad. No se nos olvide. Muchas veces, los que, sin fe, o con fe vacilante, nos narran sus dificultades en la vida, nos dicen que los creyentes tenemos mucha suerte porque tenemos donde apoyarnos. Sin duda, pero la relación de cualquier ser humano con Dios no elimina totalmente la oscuridad de la fe. Eso sí, basta que estemos mínimamente abiertos a Dios para aceptar el que querer divino aun siendo misterioso, incluso si a menudo no corresponde con el propio querer y es una espada que atraviesa el alma. Es María la única que está abierta totalmente a Dios; los demás intentamos aproximarnos.

El camino de fe de Abrahán comprende el momento de alegría por el don del hijo Isaac, pero también el momento de la oscuridad, cuando debe subir al monte Moria para realizar un gesto paradójico: Dios le pide que sacrifique el hijo que le había dado. La confianza plena de Abrahán en el Dios fiel a las promesas no disminuye incluso cuando su palabra es misteriosa y difícil, casi imposible de acoger. Así es también para María; su fe vive la alegría de la anunciación, pero pasa también a través de la oscuridad de la crucifixión de su Hijo para poder llegar a la luz de la resurrección.

No es distinto el camino de la fe para nosotros: encontramos momentos de luz, pero también momentos en los que Dios parece ausente, su silencio pesa en nuestro corazón y su voluntad no corresponde a la nuestra, a aquello que nosotros quisiéramos. Pero cuando más nos abrimos a Dios y acogemos el don de la fe poniendo totalmente en Él nuestra confianza –como Abrahán, como María-, tanto más no hace capaces, con su presencia, de vivir cada situación de la vida en la paz y en la certeza de su fidelidad y de su amor. Sin embargo, esto, o implica salir de uno

mismo y de los propios proyectos para que la palabra de Dios sea la lámpara que guíe nuestros pensamientos y nuestras acciones. pedir fuerza. ¡Cuánto nos cuenta pedir ayuda y fuerzas, y cuanto tener confianza en Dios! Los cristianos, creo, tenemos poca confianza en nuestro Señor, no nos fiamos de Él, en el fondo. Tantas veces tiene que venir la Madre de todos para convencernos que es un buen negocio fiarse de Dios y confiar en Él.

Tenemos un caso concreto en los relatos de la infancia de Jesús narrados también por san Lucas: es el episodio de Jesús perdido y hallado en el Templo. Recuerden que, a las palabras llenas de preocupación de María y José (“Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados”), corresponde la misteriosa respuesta de Jesús: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,48-49). Que es como decir Jesús: “debía estar en la propiedad del Padre, en la casa del Padre, como un hijo”. Lo cual suponía para la Virgen renovar la fe profunda con la que había dicho “sí” en la Anunciación; y aceptar que el verdadero Padre de Jesús tenga la precedencia en su amor al Padre; con otras palabras: saber María dejar libre a aquel Hijo que ha engendrado para que siga su misión. Y ya sabemos cuánto cuesta estos a las madres, y a los padres. Lo grandioso en nuestra Señora es que su “sí” a la voluntad de Dios, en la obediencia de la fe, se repite a lo largo de su vida, hasta el momento más difícil, el de la cruz.

Pero quisiera, hermanos, que cayéramos en la cuenta de una cosa que sucede en María, y tal vez no tanto en nosotros, los discípulos de su Hijo. Es que la Virgen, tanto cuando se turba por lo que le dice el Ángel en la Anunciación, como cuando en el nacimiento de su Hijo ve cómo suceden las cosas, habla en la intimidad con Dios y busca entender lo que Él le pide: deja que la palabra de Dios penetre en su mente y su corazón para comprender lo que el Señor quiere de ella. San Lucas dice textualmente: “María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lc 2,19). Es decir, La Virgen “reunía” en su corazón todos los acontecimientos que le estaban sucediendo; situaba cada elemento, cada palabra, cada hecho, dentro del todo y lo confrontaba, reconociendo que todo viene de Dios.

Esa actitud existía entre nosotros, sobre todo en los mayores que, a su modo, reflexionaban sobre la vida y daban una explicación de fe a los acontecimientos admirable. Como María, no se detenían en la primera comprensión superficial de lo que acontece en la vida, sino que sabían mirar en profundidad, sin necesidad de estudios. Seguro que conocen personas de fe de este tipo en nuestras comunidades parroquiales, en nuestros pueblos y ciudades. Esa es la humildad profunda de la fe obediente de María, que acoge así incluso aquello que no comprende del obrar de Dios, dejando que sea Él quien le abra la mente y el corazón-

Por eso, a la más bendita, Santa María de Guadalupe, le decimos hoy nosotros también: “Dichosa tú la que has creído”. Ella os proteja, hermanos; proteja nuestras Iglesias, nuestro pueblo, proteja a Extremadura, a las comunidades cristianas y a la comunidad política. Para todos tendrá Ella palabras de consuelo, de alegría, de paz, de la paz del Señor de la que Ella goza en toda su plenitud.

+Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Toledo. Primado de España